

Conversación de la mesa

Neftali Nava

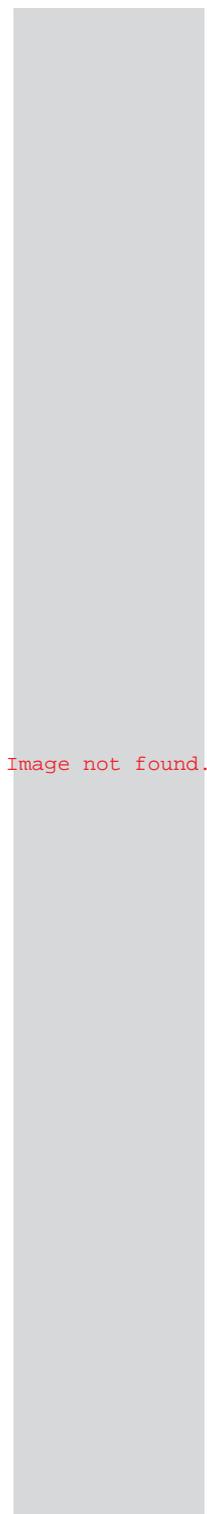


Image not found.

Capítulo 1

Lluvia

Todas las mañanas la Lluvia comenzaba a cantar, clamando salir al jardín. Brincoteando de un lugar a otro, la Lluvia diminuta y amarilla inundaba con su melodía ferviente toda la casa. Al escuchar aquella placentera canción, me levantaba e iba hacia ella y la descolgaba de la pared; cambiaba su agua y después le ponía un pepino verde, grande y fresco para que comiese. Una vez afuera, la Lluvia comenzaba, de nuevo, a vociferar armónicamente. No he escuchado una pieza tan placentera y suntuosa como la que Lluvia emitía. Quizás su cántico se podría comparar -hasta cierto punto- con el gorjear de las palomas. Pero el aria de la Lluvia es más hermosa. No sé -y no pretendía saberlo- en que clave se tocaba aquella pieza, no sabía si era una canción de alborozo, de regocijo; o si, por el contrario, era una canción de auxilio, de socorro. Aquel dilema no solía planteármelo mucho, quizá se debía al pavor de la respuesta: la cual ahora conozco.

A veces me pasaba grandes lapsos observando a la Lluvia. Ella andaba saltando, moviendo su testa de un lugar a otro en busca de las aves. Supongo que estaba exasperada y ansiosa: lo notaba en sus ojos. Ojos tan pequeños, tan negros, tan anhelantes. Eran dos diminutas nubes de tormenta torrenciales. Era un deleite para mí mirar a la Lluvia: tan cándida ella, un ser muy enigmático. Me perdía en su amarillo amanecer, en su sinfonía, en sus movimientos restringidos. Ahora solo veo su espectro en el jardín.

Siempre cuando comenzaba a llover, metía a Lluvia de nuevo a la casa. No quería que se empapara, que se diluyera. La Lluvia refunfuñaba, emitiendo chillidos demasiado agudos y laceradores. Estoy seguro de que me reclamaba; ella no quería meterse, solo quería ser lluvia.

Comencé a ver la paulatina decadencia de la Lluvia: su canto dejó de ser mi despertar reconfortante de las mañanas, pues ahora solo emitía aquel chillido angustioso; sus brincos habían cesado, ahora solo la veía parada en un lugar específico de sus rejas; aquellos ojos negros azabache se transformaron en unas nubecillas grises y opacas; su color amarillo amanecer ahora solo era un amarillo nauseabundo, como el de un vómito. Aquel ente minúsculo ya no era mi Lluvia. Tardé mucho en decidirme, pero al ver en el estado en que se encontraba la Lluvia, opté por considerar la opción más conveniente para ella: pero dolorosa para mí. Semanas enteras esa opción dio vueltas en mi cabeza, pero yo me negaba, así que hice todo lo posible por revitalizar a la Lluvia: mimarla, silbar para ella, acariciarla, e inclusive llegué a besarla. Ante mi fracaso,

tuve que amarrarme los pantalones, hacer nudo en mi garganta y hacerme un nudo en mi corazón. Aún me negaba a la idea de vivir sin mi Lluvia. No podía concebir mi casa sin Lluvia, mi jardín sin ella, mis oídos sin su música. Pero al ver a mi Lluvia tan abatida y escampada, tomé la difícil determinación: con todo mi cuerpo hecho nudo, decidí liberarla.

El día en que iba a liberar a Lluvia, era gris y helado. Agua caía del cielo a cántaros, así que postergué la liberación. El siguiente día fue igualmente funesto y acuoso, y el siguiente, y el siguiente, y el siguiente; y así fue por toda una semana. A mi octavo intento divisé de nuevo el agua y sentí el frío, por consecuente desistí de la liberación -una vez más-. Pero al escuchar el chillido agudo y melancólico de la Lluvia, todo se me esclareció, y cimbró dentro de mí un eco avasallador. Con lágrimas en los ojos, y con la incertidumbre de saber si sería capaz o no de dejarla ir, tomé a mi Lluvia y la saqué al jardín empapado y gélido. Abrí la puertilla de su recinto carcelario, la cogí con mi mano y la miré. Entre sollozos la acerqué a mis labios y la besé, le pedí perdón por si le llegué a hacer algún daño; le silbé por última vez y la dejé irse. Abrí mis manos y Lluvia se fue volando. Sus aleteos eran torpes, pero comenzó a agarrar fuerza. Escuché, de nuevo y por última vez, su canto de alborozo, y vi nuevamente aquel cuerpo amarillo, revitalizado por un distante y fugaz rayo de sol. Observé a la Lluvia perderse en el firmamento, revoloteando, diluyéndose y volviéndose una con la lluvia.

Capítulo 2

Silencio y soledad

Tengo años en silencio y pocos meses en soledad. Busco el silencio en los rincones de mi casa destartada, y en cambio encuentro soledad. Mi casa alguna vez fue prolífica en silencio, pero ahora solo se escucha el bullicio de la soledad. Pero hay más que el indeleble ruido de la soledad en mi hogar, estoy yo. Se me olvida que yo existo y que sigo con vida. A veces creo que soy un espejismo insomne de la morada, que soy un fuego fatuo de éter inocuo, que soy un fantasma en pesar. Pero al verme al espejo me percató de que soy de carne y hueso, que soy humano y que vivo. ¿Por qué vivo? Solo gastando aire, solo inventando cuentos, solo rememorando el silencio y el pasado; solo porque estoy solo. Mi único compañero es el periódico, las letras de él me libran del tedio de las tardes, de la remembranza de la vida, del estruendo de la soledad.

En mi lóbrego caminar recorro los cuartos vacíos: con camas vacías, con las voces perdidas, con risas lejanas, con las gentes fantasmas. Veo a mis dos padres fallecidos siempre en sus camas y sé que no es mi imaginación, o un espejismo de las tardes calóricas; porque los miro y los escucho. El silencio se desvaneció en mi casa, las voces quedan, la soledad se vuelve estrepitosamente inaguantable y ensordece mi cordura. Escucho la soledad en mi patio: porque oigo el nítido canto de las palomas muertas; escucho la soledad en los cuartos vacíos: porque oigo las risas y las voces de mis padres; escucho la soledad en mi alcoba: porque escucho la voz de mi viudez. Enserio espero ser uno de los cuantiosos espectros de la casa, quiero serlo, porque no quiero ser un ente en murria, no quiero perder el sosiego, no quiero morir en vida.

En ocasiones canto, canto para mermar el melancólico estrépito de mi casa. En voz fuerte y algo desafinada, pero canto con todo mi ser para borrar los bosquejos de la soledad. Mientras lavo los platos, mientras hago mi comida, mientras barro, me baño, me limpio, me visto, me acuesto; yo canto. Canto para olvidar, pero ¿se puede olvidar el olvido? No estoy seguro de ello, a mi me funciona, cuando menos durante el lapso que dura mi canción.

A pesar de todo, yo sigo en busca del silencio; lo busco en todos lados y a toda hora. Solo quiero de vuelta el dulce silencio; y quiero volverme un ente etéreo, quiero olvidarme de mi olvido, quiero dejar de robar oxígeno, quiero desaparecer del mundo, quiero dejar de ser un cuentista, quiero de dejar recordar, quiero dejar de sentir pena. Yo quiero, quiero, quiero, quiero: yo solo quiero dejar de estar solo.

Capítulo 3

La Pilmama

Durante años, una mujer corpulenta e inmensa recorría los pueblos, montada en un caballo enorme y viejo; pero portentoso. Acompañada de un séquito de doncellas indias, las mujeres más hermosas que jamás se vieron en toda la república Nueva Española. Las jóvenes indias iban siempre a pie, rodeando y resguardando a la Gran Pilmama.

Todos sabían cuando la pilmama iba a transitar por su pueblo, porque antes de su llegada, Quetzales cantaban y revoloteaban por todo el pueblo. Entonces se escuchaba el canto de las novicias indias, y su pregón: <<Salgan, salgan y admiren a la Gran Pilmama, la última matrona india de toda la Nueva España>>. El arribo de la Pilmama era un acto parsimonioso. Todos salían a contemplarla, incluso los españoles, criollos y mestizos. Cuando las diversas gentes dejaban sus hogares, contemplaban los Quetzales volando, a las doncellas más hermosas bailando y cantando, al montón de vacas mugiendo, y por fin, atrás, montada en un caballo viejo y gigantesco, observaban pasmados la figura inmensa de la Pilmama. Miraban sus largas trenzas blancas que caían y le arrastraban en el piso. Absortos, contemplaban sus colosales senos, su estatura gigantesca, y sus tumultuosas posaderas que brincoteaban por el jaripeo del caballo. Ella era una anciana, en su cara regordeta y morena se apreciaban los pliegues de la edad centenaria. Sus ojos eran blancos y translucidos.

Todos los indios del pueblo al que visitaba corrían con sus niños en brazos para que la Gran Pilmama se los bendijera. A los bebés los amamantaba con su leche suntuosa y dulce. A los más grandes los cargaba, y estos desaparecían en su colosal figura, hundiéndose en los recovecos de su cuerpo. Después les daba un beso sacrosanto en su frente.

Las doncellas indias pueblerinas, acudían suplicantes para que la Pilmama las agraciara con el don de la belleza, pero solo unas eran las afortunadas de aquel regalo. Y cuando las novicias, hijas de la matrona, encontraban una india joven y hermosa, se lo hacían saber a la Pilmama. Le llevaban a la susodicha, se la ponían enfrente de su rostro regordete y sudoroso, para que esta pudiera contemplar la embelesa de la india. La gran anciana abría sus ojos ciegos, y si estos eran capaces de vislumbrar la hermosura de la india, La Gran Pilmama la acogía como una más de sus doncellas.

Algunas mujeres españolas, que sufrían por ser estériles, se ponían de rodillas ante la figura gorda de la Pilmama para que esta regara, con su sudor lechoso y meloso, sus vientres y sus pechos. Pues según relatos, la

Pilmama, aunque anciana, aún era capaz de dar a luz, y sin necesidad de hombre. Y por ello, algunas afortunadas después de la visita de la Pilmama, tenían la dicha de procrear como conejas.

Nada, nadie y ninguno, sabía la procedencia de la Gran Pilmama y de sus doncellas. Unos decían que venían del Ilhuícatl-Meztli ("Lugar donde se mueve la luna"); otros, que descendió del Ilhuícatl-Citlalcuauhco ("Lugar donde se mueven las estrellas"). Los más temerarios decían que la Pilmama era una reencarnación de la diosa Coatlicue. Lo cierto, era que la Gran Pilmama y sus hijas procedían de un pueblo que jamás existió.

La Pilmama recorrió todo el país en busca de su pueblo perdido; mientras, llenaba de dádivas y celebraciones los pueblos en los que pasaba. No se sabe si la Pilmama y sus doncellas llegaron a su destino, pero han pasado siglos, y se cree que la Gran Pilmama ya falleció. Y se dice que su fantasma, y las luces fatuas de sus doncellas, recorren todo lo que hoy conocemos como México, en busca de su pueblo inexistente.

Capítulo 4

Las huellas indelebles de la playa

No hay ventarrón, ni huracán, ni marea que borre las huellas de la playa: son indelebles, perpetuas, inequívocas. Eternizadas por el rumor del mar, por el rumor de las gaviotas, por el rumor del tiempo, son aquellas huellas. En aquella playa helada y lóbrega, ves las huellas en la arena que van de un lado al otro, en un laberinto sin salida, sin huida, y solitario. La arena regurgita las sandalias y otros calzados de nadie y ninguno, los escupe con tal ímpetu que salen disparados hacia las nubes. Observas como el mar se traga el calzado para después vomitarlo en otras costas, en otra playa, en otro tiempo.

La soledad brisa de la playa es una huella hiriente, en ella escuchas las voces indelebles de todas las personas que estuvieron allí. Escuchas en aquella brisa las voces de tu familia, la tuya; la risa malévolamente del tiempo, la risa melancólica de la vida, y la mofa silenciosa de la muerte. El viento de la soledad brisa es vertiginoso, te envuelve, te levanta, te sacude con fuerza, te estrangula, te hiere, y te tira hasta el agua salada para que el mar te trague.

El calor fantasma de la playa se jacta de ser lacerador, pero no es más que una huella apenas caliente de ella. En cambio, las nubes grises y frías sí son una huella evidente de la amargura. Una huella gélida que evoca escalofríos y depresiones. Aquella huella es muy tumultuosa y destructora, pero te reconforta.

En la playa existe la huella del espejismo, en la orilla del mar puedes ver entes de éter y arena, entes fusiformes y muertos, entes del tiempo. Entes huellas de la playa provocado siempre por el salitre y el rumor del mar.

Las gaviotas dejan su huella en el aire, en el cielo. Sus plumas caen a montones, y se forma un cúmulo de ellas. Como la hojarasca en tierra firme que cubre toda la tierra, las plumas cubren toda la playa y el mar. Ves todas las plumas meciéndose en la bóveda grisácea, meciéndose en un graznido melodioso de cuna. Ves como la brisa las embiste, las rompe, las deshace y las traslada por todos los rincones de la playa, dejándolas plasmadas en la costa.

Las olas olvidadas no son más grandes que tú. Ellas rompen en la orilla, reventando sus burbujas y dejando la espuma. Al romperse, las olas

emiten un alarido, un bullicio de agonía y de desasosiego. Olas que vienen, olas que van, desde el interior hasta el exterior; desde los arrecifes hasta las rocas de la costa. Olas que son también huellas imperecederas de la playa.

En la playa no hay peces, ni huellas de ellos, empero vislumbras sus reflejos en el agua café y revuelta. Te preguntas si entonces son una huella o una ilusión. Tal vez es un eco del océano, un eco de tu mente, de tus pesadillas. Es el estertor de la playa, más que una huella, y lo sabes. Tampoco hay estrellas de mar, ni estrellas en el firmamento en la oscuridad latente de la playa. No busques más, estás solo y perdido entre aquellas huellas.

Caminas por toda la playa, mirando perplejo sus huellas. Volteas al espejo líquido y salado, y miras tu rostro. Miras tus otros rostros que plasmaste en el espejo: te ves a ti mismo en otro tiempo, en otra espuma. Llorando te pones de rodillas y te sumerges en el agua fría. Nadas y nadas y nadas, y nada. ¿Qué hay? Solo las caracolas y las conchas marinas fragmentadas que te astillan las rodillas y te susurran en burbujas de huellas pasadas. No las escuchas, no quieres oírlas. Te adentras en el mar muerto, solitario y lúgubre, con la esperanza de que te trague, pero te escupe en la orilla. Te levantas, en muina tratas de correr, pero no puedes, porque tus piernas tambalean y tus ligamentos se han vuelto pétreos por el salitre. Entonces sigues, caminando, todas las huellas de la playa, con la esperanza errada de que te llevara a algún lado. Ya vencido, te sientas en una roca colosal y contemplas la belleza de la soledad, la hermosura de la oscuridad, y el rumor del océano. Sollozas, y tus gotas saladas se funden con el agua: solo son unas gotas de agua en medio del mar. Entonces caes en cuenta de que tú eres una más de las huellas indelebles de la playa.

Capítulo 5

Hacia el infinito

Amado mío...

Amado mío, cada vez que te veo mi alma se acongoja, se llena de dolor. ¿Tú me logras ver? Porque yo si te miro. Te miro en la alcoba mientras dormitas, mientras se te va el aliento, mientras se te va la vida. Pero yo no puedo mostrarme llorosa ante tu presencia, y me acongojo, me cohíbo. Solo quiero estar contigo y mirar el ocaso, estar contigo, recostarme a tu lado, y desternillarme contigo.

Al saber que pronto te irás para siempre y que vas a dejarnos, que partirás, que extenderás tu gran envergadura y saldrás volando de mi lado; yéndote al cielo, volando con las aves y planeando con las águilas. Al saber y ser consciente de eso yo no quiero que te vayas, no lo resisto, moriré en vida, sé que me llenaré de amargura y agonía; pero todo eso palidece al saber que te irás. Te irás a descansar, te irás revoloteando, te irás por fin a descansar. Y cuando nuestros hijos pregunten por ti a cada momento, tendré que decirles: papito se ha ido al firmamento.

De veras quisiera irme contigo, pero no puedo. No puedo dejar a nuestros hijos, y no quiero. Por más que este dolor me carcoma por dentro, por más que te ame, que te quiera; no puedo, y lo sabes. Me lo dices a cada minuto, a cada segundo, me dices que sea fuerte por ellos, que los cuide y los proteja y que los ame lo doble, porque al irte tú quedará ese vacío, esa falta de amor tuyo.

Por favor, mírame, mírame mírame mírame, no te vayas, no me dejes, amado mío. Amado mío, mírame, encuéntrame, bésame, abrázame, quíereme, ámame; yo te amo, y te amo tanto, y te miro y veo la luz de tus ojos apagándose, tus lágrimas caer y escucho tu respiración final. No, no puedo, me niego, retiro lo dicho, no te vayas, no te marches, te lo suplico, quédate con nosotros. Te has ido...

Hoy que te has ido en vano te espero. Vuelvo la cabeza de un lado a otro, en busca de tu figura, y no te encuentro. Te espero en nuestra alcoba, en la cocina, en la sala, pero te espero en vano, pues sé que es imposible, inconcebible, encontrarte. Ahora solo te encuentro en mi corazón y en los recuerdos. Tengo que resignarme a vivir sin tu vida, sin tu compañía y eso duele, duele en demasía, duele hasta los huesos: es un dolor en agonía.

Y cuando nuestros hijos preguntan por ti a cada momento, tengo que decirles: papito ha partido hacia el infinito; tengo que decirles: papito ha partido hacia el infinito. Hacia el infinitoooooooooooooo.